

uso del vosotros, la segunda persona plural. A través de dicho eco bíblico —que apareció antes en «Las Plagas», una sección de su primer libro—, la poeta transita la frontera entre la *auctoritas* y lo cotidiano, por lo cual, desde lo aparentemente intrascendente se acerca a lo inefable, con plena conciencia del inevitable fracaso de un anhelo de tales dimensiones.

La peculiar habilidad de Sandra Santana para crear reflexiones profundas mediante una puesta en escena mínima sugiere una actualización del *theatrum mundi* barroco, lo cual invita a explorar las relaciones entre el conceptismo y lo conceptual. Estaríamos frente a una poesía dramática en la que, pese a su carga filosófica, nunca se adoctrina o ilustra y, por el contrario, se invita a descubrir. De allí la constante renuncia al cierre, a la ilusión de forjar un sistema.

En consecuencia, los poemas de *La parte blanda* fundamentalmente establecerían un duelo entre el instinto, la imaginación y la racionalidad («la cabeza / dentro / pero el cuerpo / bien expuesto, y a la vista»).

De allí que las simultáneas exploraciones sobre el lenguaje, el deseo y la plasticidad erótica permitan el surgimiento de sutiles marcas de género («os ofrecéis las flores / de mi carne / con ternura»).

La escritura concebida como abstracción lírica y desplegada como puesta en escena forja una poesía que es, en simultáneo, intelectual y pasional sin apenas parecerlo. Así la experiencia humana resulta propia de seres contradictorios, constituidos por el deseo, para quienes el lenguaje representa un instrumento fallido, pero necesario como máscara. En consecuencia, nuestra parte blanda impide y, por lo mismo, impulsa. De allí que el vago reconocimiento del ocaso anteceda el anhelado regreso al origen. El atávico «En el principio era la palabra» nos coloca entre la Biblia y Darwin, recordándonos que la existencia supone un génesis y un apocalipsis continuos. —MARTÍN RODRÍGUEZ-GAONA.

Sandra Santana, *La parte blanda*, Valencia, Pre-Textos, 2022.

Luces que encienden vidas

SOMOS muchos los lectores de poesía que llevamos años y libros siguiendo la trayectoria de Ioana Gruia (Bucarest, 1978). Desde

su aparición hace más de una década con *El sol en la fruta* (Editorial Renacimiento), título con el que se bautizó para siempre como andaluza

excéntrica y poeta de una vez, no ha dejado de ofrecernos entregas que revisan nuestra conciencia, nuestra manera de estar en este mundo a partir de una posición ética con lo que hace y lo que ve, con lo que reconoce como elementos para la serenidad, la compasión o el deseo. Y es que ese ha sido hasta ahora el destino en la literatura de esta autora extranjera cuyo nombre ya parece sonarnos de toda la vida y que, de forma natural, sencilla, sin formulas laberínticas, amplía los límites de nuestro lenguaje y, claro, de nuestras vidas. Y qué riqueza aportan casi siempre a nuestra lengua esos poetas españoles nacidos fuera de España que con sus textos convierten una bandera o un municipio en universo. Parece que en ellos se cumple la vocación de libertad que tiene la creación literaria. Pienso también en Chantal Maillard, por ejemplo, para celebrar el milagro de la palabra que ha sido forzada por los azares más vitales y humanos, por los azotes de la búsqueda, de la huida personal o de la precariedad laboral. Poco importa el motivo. El resultado ofrece gratitud y riqueza, buen vivir, y ahí reside el extremo último de este oficio que aborda la comunicación con los demás y el conocimiento de saberse vivo y atajar esa responsabilidad.

Después de varios títulos que la han consolidado como una voz que trabaja más la autenticidad que la originalidad o el malabar verbal, Iolanda Gruia vuelve con *La luz que enciende el cuerpo*, libro publicado por la edi-

torial Visor con el que ha obtenido el Premio de Poesía Hermanos Argensola 2021 y con el que podemos afirmar ya sin ambigüedades que confirma su voz y su sitio en nuestra poesía y en nuestra literatura. Luis García Montero, mentor suyo y una de las personas que con más entusiasmo ha defendido a la poeta afincada en su ciudad de nacimiento, señala que este libro «está escrito con el cuerpo, porque con todo el cuerpo se escucha la realidad». Y efectivamente este libro se ha escrito desde el forcejeo de una mujer que busca un sitio desde el que mirar y proponerse a aquello que mira o ama. Cernuda ya advirtió que es así, que la poesía es un ejercicio más físico que intelectual, que se labra más con el pecho que con el cerebro, y en este trabajo, en esta luz escrita, se ofrecen los escenarios que corroboran esa verdad del sevillano.

«Porque siempre inventamos la niñez de lo que más amamos», escribe Gruia, y este verso podría funcionar como sinopsis, como motor y alma de esta colección de poemas sobre la que flotan ciertas sombras como de vendimia granaína, de noches con embrujo, y que la poeta ha dividido en seis partes. La primera, «La mujer de Hopper», arranca con el verso «no hay nada tan rotundo que un cuerpo», y con el impulso de ese inicio que es una declaración radical de intenciones la autora se orienta al placer, al deseo y al futuro desde esa voz de mujer que representa su sed y su balanceo entre

el frenesí y la desaparición, entre lo espiritual y lo más terrenal. Y por ahí continúa en la segunda parte que da título al libro, en la que se declara, como la Natasha de Tolstói a la que invoca, «feministas con alma de bolero», y en el que de manera más carnal, sin complejos, propone destinos inesperados entre la proximidad y la mitología: «cuando tu lengua sube por mi muslo / y nace entonces la mejor de fuego / que desde mi interior me vuelve de agua». La parte central del libro, con el título «La música secreta», recoge los poemas más plurales, textos de indagación que también funcionan como homenajes domésticos desde los que relaciona su experiencia personal, su recorrido humano, con la memoria colectiva, y traza un diálogo con el lector que poco a poco va transformando el verso en susurro: «Enseñame del mundo y del amor / la pura intimidad», ruega en un poema dirigido a Virginia Woolf. Y por esa senda quizá más introspectiva, más de sus adentros, continúa el resto del libro, con la importante añadidura de la maternidad, ese parque interior propio, esa habitación suya desde la que canta al mundo, y que aquí no la usa tanto desde su condición de madre, sino a partir del compromiso

de una persona madura con otra que aún no lo es y cómo esa relación entre las dos mujeres va perfilando sus identidades y alegrías; mujeres, ella y su hija Kezia, ella y el pasado que su hija no va a tener, ella consigo misma levantando con los sueños esa casa que es la vida que no construye, pero que dibuja bien: «Vivo en otro país, pero sigo durmiendo / en mi cuarto de infancia». Y tras dejarse llevar por la luz velada que proyectan estos poemas, el lector acaba despertando en ese cuarto secreto que por fin reconocemos como un cuarto donde cabemos todos, donde hay respuestas que transmiten esa pequeña dosis de certidumbre que hace la vida soportable.

Cinco años han pasado desde su anterior título, y, volviendo al principio de este texto, los lectores que hemos seguido el recorrido de esta autora nos sentimos recompensados por volver a esa interioridad apasionada desde la que la poeta nos invita a explorar con ella sus asombros, los mismos que aguardan esa inocencia que tanto tenemos que trabajar y que en sus versos son virtud y verdad.
—ALEJANDRO SIMÓN PARTAL.

Ioana Gruia, *La luz que enciende el fuego*, Madrid, Visor, 2021.